

El nuevo Don Juan DE HOLLYWOOD

Está calvo y se afeita la cabeza tres veces a la semana



Gran experto en fotografía, no se separa de su máquina. Tal vez la lleve para coleccionar los gestos de admiración de las mujeres que se enamoran a su paso.

HA llegado, señores, la época de la reivindicación de los calvos. Todos los que exhiben su cráneo desprovisto de pilosidad —o, por lo menos, casi todos— andan por la vida como formando un clan melancólico que ha tenido que renunciar a muchas cosas; entre ellas, a la de sentirse irresistible para las mujeres. Nunca Don Juan apareció sobre los escenarios sin lucir una ondulada melena o unos brillantes cabellos. El hombre calvo se acercaba siempre un poco vacilante al amor, temiendo que, al quitarse el sombrero, desapareciera la ilusión que había empezado a brillar en los ojos de la mujer.

Pero he aquí, lectores calvos, que la reivindicación de la alopecia ha llegado al fin. Un cráneo brillante se ha alzado con el cetro del donjuanismo en un lugar que ejerce en estos aspectos bastante influencia sobre el resto del mundo. Un calvo, señores, está conmoviendo actualmente los corazones femeninos de Hollywood.

UN CRÁNEO CALVO Y AFEITADO

Este hombre, que ya les diremos a ustedes quién es, produce, según cálculos de los contables, una pérdida de miles de dólares cada vez que entra en los estu-

dios de la Paramount, en Los Angeles. Todo el personal femenino deja de trabajar en cuanto él traspasa la puerta. Desde el primer suspiro nostálgico que despierta su presencia hasta la vuelta a la normalidad trascurren varios minutos. Este afortunado mortal se llama Yul Brynner.

La primera vez que las mecánicas de los estudios le vieron, después de la propaganda que habían hecho de su apostura y gallardía las Agencias de publicidad, exclamaron, un poco defraudadas:

—¿Pero si es calvo!

Yul Brynner, nuevo astro de la Paramount, se quedó calvo a los catorce años. Y como es un hombre consecuente, decidió ser un calvo integral: tres veces por semana se afeita la cabeza.

EN BUSCA DE UN NUEVO DON JUAN

Después de la muerte de Rodolfo Valentino, hace treinta años, los productores de Hollywood se lanzaron a la búsqueda de un Don Juan. Robert Taylor, Clark Gable, Gary Cooper, Marlon Brando, Frank Sinatra han desempeñado sus papeles de hombres que desatan mares de tinta que llevan palabras de amor; han desatado pasiones volcánicas; han alimentado sueños

rosados de adolescentes, pero ninguno como Rodolfo Valentino.

Yul Brynner—vayan ustedes a saber si sólo es propaganda—ha venido a llenar el vacío que dejó Valentino.

Yul Brynner es el primer sorprendido de su éxito con las mujeres. Un amigo le preguntó en una ocasión:

—Pero ¿qué es lo que haces para deslumbrar de esa manera a las mujeres?

—¿Cómo voy a saberlo?—contestó el actor—. Yo no soy mujer.

LOS PRIMEROS DESMAYOS

Hace cuatro años se presentó Yul Brynner en Nueva York. Durante muchos meses representó en un teatro de Broadway el papel de Rey de Siam en la comedia musical de Rodgers y Hammerstein "El Rey y yo". Ya en la primera representación varias espectadoras tuvieron que ser asistidas. La personalidad del Rey las había impresionado hasta el desmayo.

Deborah Kerr, que desempeñaba en la obra el primer papel femenino, declaró a los periodistas:

—No creo que se le pueda comparar a ningún otro actor. Ejerce una fascinación extraordinaria que no podía esperarse de su físico. No es un hombre guapo, está calvo y tiene unas orejas desmesuradas. Pero posee una personalidad fuera de serie.

Hasta este momento Yul no ha interpretado nada más que tres películas. Una en Europa, con Ingrid Bergman y Milen Mayes, y dos en América: la versión cinematográfica de la comedia musical que estrenó en Broadway y otra bajo la dirección de Cecil B. de Mille.

Cecil B. de Mille es un hombre de setenta y cinco años, que ha conocido y dirigido a muchos artistas. En cuanto a revelaciones cinematográficas está ya curado de espanto y no es aficionado a opinar de los astros que caen bajo su férula de director; pero con Yul Brynner ha hecho una excepción.

—Posee un gran talento—dijo don Cecil—. Tiene, además, dos grandes cualidades para triunfar en el cine: deslumbrar a las mujeres y se gana la estimación de cuantos le tratan.

El nuevo Don Juan de Hollywood, a pesar de su pretendida indiferencia hacia el éxito, sabe cultivar su aparición en la escena mundana y ha tenido el acierto de rodear su vida de misterio.

Ha lanzado a la curiosidad ajena doce versiones de su vida y sus orígenes. He aquí la más verosímil.

HIJO DE UN MOGOL NACIDO EN SUIZA

Brynner nació en Sakhaline (Siberia), en 1915. Su padre era un mogol nacido en Suiza que se hizo ingeniero de minas en la Universidad de San Petersburgo. Su apellido auténtico era el de Taidje Khan, que cambió por el de Brynner, muy frecuente en Suiza. La madre de Yul era una zingara que murió al darle a luz. Los primeros ocho años de su vida los pasó en China, donde su

padre poseía minas de plomo. Su abuela le trajo con ella a Europa. Recién llegado a nuestro Continente perdió a su abuela, y Yul no ha querido hablar nunca de los cinco años siguientes de su vida. "Los que debían haberme ayudado en aquella ocasión me abandonaron—ha dicho en una ocasión—, y yo quiero olvidarme de esos años."

A los trece años entró en posesión de su tesoro más preciado: una guitarra, que su abuela le había enseñado a tocar. Con ella realizó varias excursiones, dando conciertos por Francia, Suiza e Italia.

En una de estas andanzas tropezó con Jorge y Ludmilla Pitoef, que daban representaciones de las obras de Ibsen, Shaw, Strindberg y Pirandello. Los Pitoef le contrataron, pero sin asig-



Este es Yul Brynner, cuyo rostro de guerrero mogol hace soñar a todas las americanas, sobre las que ejerce una fascinación extraordinaria. Por primera vez, Don Juan seduce a las mujeres sin la ayuda de una rizada cabellera.

narle ningún sueldo. Además de desempeñar pequeños papeles, Yul trabajaba como carpintero, electricista y hasta diseñador de modelos. Sus estancias en París las aprovechó para seguir unos cursos en la Sorbona, y durante las vacaciones de verano se trasladaba a la costa vasca y ganaba algún dinero como profesor de natación.

TRAPICISTA Y PROFESOR DE FILOSOFÍA

Abandonó a los Pitoef y volvió a su guitarra. Tocó y cantó en todas las "boîtes" rusas de París y actuó varias veces como trapicista en el circo Medrano. Ya puesto a ejercer las actividades más diversas para poder ganarse la vida, estuvo unos meses de profesor de filosofía en un colegio privado.

En 1941 partió para América. Su destino parecía ser el teatro, y la primera colocación que tuvo fué la de conductor de un camión en una compañía teatral. Con ella recorrió gran parte del país, y desde el volante del camión saltó a los escenarios de

Broadway, donde, al fin, le sonrió la fortuna. Yul Brynner ha ganado mucho dinero en Norteamérica, pero se ha arruinado varias veces. El teatro, que no le dió nada más que trabajo y hambre en Europa, ha acudido, prodigo, a llenar sus arcas en los Estados Unidos.

Actualmente está produciendo una película titulada "El corsario", en la que hace el papel de pirata a quien pierde su gran corazón.

Yul Brynner es un gran poliglota. Cuando llegó a los Estados Unidos hablaba un francés de "argot" y el inglés de Shakespeare. Después aprendió "el americano" y ahora habla once idiomas.

Es un deportista consumado, especializado en el esquí náutico, y un experto en fotografía. Su inquietud intelectual le ha llevado a estudiar medicina y teología.

—Cuando me dice "buenos días", tengo la impresión de que voy a morir.

Así ha dado su opinión sobre Yul su camarera.

Y su secretaria le describe de esta manera:

—Es el animal más hermoso que he conocido.

A los cuarenta y un años, Yul ha podido realizar el sueño de su infancia desvalida. Hace cinco comidas diarias a base de carne oruda, cebolla y vodka.

Esta es la pequeña historia de un hombre de cuarenta y un años, calvo y que come cebolla y que, a pesar de ello, trae por la calle de la amargura a cuantas mujeres le conocen.

Por el mundo andan muchos calvos más espirituales que Yul y con mejor paladar, porque estamos seguros de que no les gustará la cebolla. Tienen, por tanto, una ventaja sobre él, y si les hemos contado esta historia intrascendente es para que no se desanimen y se lancen decididos a la conquista del amor. Ya van como un hombre calvo y con un poco poético olor a cebolla está a punto de derribar el pedestal que a fuerza de suspiros se levantó en Los Angeles a Rodolfo Valentino.



Brynner es un hombre duro con las mujeres—quizá en esto radique su éxito—y muy cariñoso con los animales. Aquéllas opinan que Brynner, con sombrero, no es ni sombra del Brynner que luce su cráneo rapado. Esta es una noticia consoladora para todos los que andan por el mundo con el cráneo a la intemperie.

PUEBLO

Fin de semana

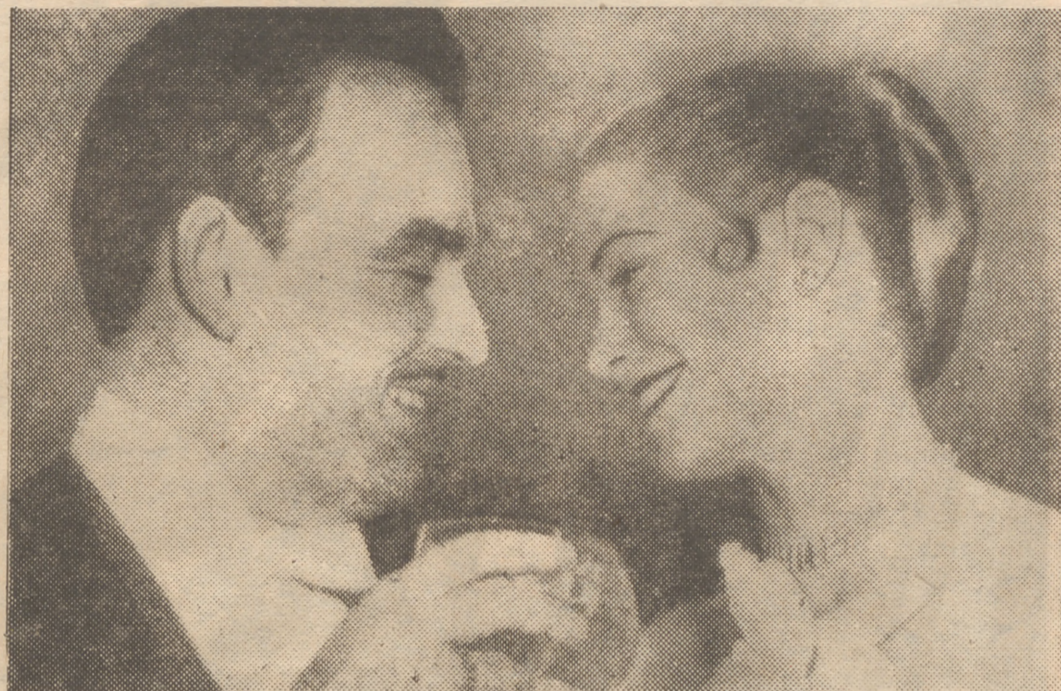
SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 21 DE JULIO DE 1956

¿TIENE YA MONACO PRINCIPE HEREDERO? "QUIZA", CONTESTA GRACE KELLY "TODAVIA NO", ASEGURA RAINIERO

Los monegascos se quejan de su princesa

La joven Soberana oculta su palidez con una ligera capa bronceada



El príncipe Rainier y la princesa Grace sonríen felices como cualquier otra pareja de enamorados

EL pequeño reino de Mónaco, con sus cuatro mil y pico de súbditos, vive en continua ansiedad. Diariamente leen los periódicos en busca de la ansiada noticia.

Ya no son los monegascos solos, sino todo el mundo (sobre todo las señoritas románticas y soñadoras, que tanto se interesan por la boda de Rainier y Grace), quienes desean conocer también si...

—Mónaco espera ya príncipe heredero.

Mientras, los Soberanos de este minúsculo reino, un poco cuento de hadas, viajan hasta París.

Los periodistas franceses es-

tan a las nueve de la mañana del día siguiente, en la estación de Lyon, un pequeño grupo de periodistas y curiosos salieron a darles la bienvenida. No existía ni la más remota huella de protocolo. Sólo un discreto servicio de orden vigilaba para preservar posibles tumultos.

PRECAUCIONES

Rainier, vestido con un traje gris, camisa azul clara y corbata de lana negra, saltó del tren el primero, seguido de la princesa encantadora, con su traje de chaqueta gris azulado y los cabellos recogidos en la nuca.

completo detrás de los baúles. El propietario del coche decidió entonces ceder el volante al príncipe y tomar él un taxi.

Ante el gran asombro de los parisienses, Rainier, que hasta entonces había sido considerado como un loco del volante, condujo con extrema prudencia el coche. Puso en marcha el motor lentamente, aceleró luego un poco más, manobró dulcemente, y, después de un par de volantazos tranquilos, inició la marcha.

Rainier, que, con toda evidencia, no conocía este modelo de coche, buscó antes, durante algún tiempo, el botón de contacto.



La mano de Grace descansa sobre la de Rainier. En la mano de la joven princesa luce el anillo de compromiso de brillantes y rubíes, que simbolizan los colores de la casa de los Grimaldi.

pian a los viajeros y tratan de descubrir el misterio.

UN "QUIZA" Y UN "TODAVIA NO"

Todos son rumores. El menor gesto de los príncipes se considera clave. Se dan distintas interpretaciones a sus palabras.

Grace contestó con un "quizá" enigmático cuando un atrevido muchacho de la Prensa le preguntó:

—¿Es verdad que espera usted un bebé?

Grace, después, enrojeció visiblemente y volvió la cabeza a otro lado.

El príncipe, por su parte, contestó con un

—"No, yet." ("Todavía no.") cuando alguien, atrevidamente, inquirió si Su Alteza Grace, Patricia de Mónaco, iba a dar a su pueblo el tan deseado heredero.

Rainier y Grace están en París, dispuestos a gozar de quince días de nuevas vacaciones. El matrimonio principesco dejó su reino en el más estricto incógnito y tomó el Tren Azul de lujo, que los había de conducir hasta París.

Todo el mundo se dio cuenta del cuidado que Su Alteza Grace Patricia de Mónaco puso para descender del alto estribo. Estaba pálida, aunque ligeramente tostada por el sol.

Un amigo personal del Soberano les aguardaba en el andén, el señor Pez. Grace y Rainier se mezclaron en seguida entre la masa de viajeros y ganaron la salida. Iban del brazo, charlaban alegremente como cualquiera otra pareja de enamorados en vacaciones y respondieron amablemente a las preguntas de los curiosos periodistas.

Después entraron en un "Vedette" gris con matrícula de Mónaco, puesto a su disposición por el señor Pez. Grace se sentó al lado del conductor, y Rainier lo hizo en el asiento de atrás.

Se alojaron en el palacio de Marchais, en Alsne, en donde reside la princesa Carlota, madre de Rainier.

RAINIERO CONDUCE CON PRUDENCIA

Dos mozos de equipaje cargaron las maletas en el interior del coche, Rainier desapareció por

Grace, a su lado, se burlaba gentilmente.

El automóvil se dirigió primeramente al número 9 de la avenida del Mariscal Maunoury, cerca de los bosques de Boulogne, en donde Rainier tiene su pequeña residencia parisiense. Grace, apenas llegó, recorrió el departamento, abrió los armarios de la cocina, visitó todas las habitaciones y miró, asombrada, ante los descubrimientos efectuados.

Almorzaron en la casa. La única obligación oficial de Rainier es la de presidir el día 28 la fiesta de gala de la Cruz Roja en el Sporting de verano de Mónaco.

VIAJE A NORTEAMERICA

El joven matrimonio ha renunciado a su crucero por las islas Baleares, previsto para principios de agosto.

—Habrá mucha gente para esa época—explicó Rainier.

En revanche, los Soberanos monegascos marcharán a Estados Unidos en septiembre para una estancia de un mes.

Los monegascos creen que el anuncio oficial de un aconteci-

miento—de un "feliz acontecimiento"—se hará antes de la marcha del matrimonio a América.

Esperan impacientes, quieren saber la verdad de los rumores que circulan.

En general—dicen—, al hecho de que una mujer espere un niño es un asunto privado; pero la continuación de la dinastía es un algo de interés vital para Mónaco y para cada monegasco en particular.

Se comprende. Si Rainier III muere sin heredero, M. Ramadier no desperdiciaría ni un minuto para hacer a Mónaco participe de sus iniciativas originales.

En espera de acontecimientos, Su Alteza tiene intención de var las colecciones de los grandes modistas.

LOS DE MONACO SE QUEJAN UN POCO DE SU PRINCESA

Los monegascos se quejaban, hasta hace unos quince días, de que su princesa no les hubiese honrado con una salida oficial.

—Ni siquiera ha ido a visitar a los enfermos del hospital.

Y quizá por ello Grace se decidió por fin a "salir". Eligió la fecha del 11 de julio para esta primera salida, precisamente el día de la fiesta nacional americana. Por ello, muchos de sus súbditos se preguntaron: "¿Es que Grace se ha convertido en monegasca, o es que nosotros nos hemos hecho americanos?"

Sin embargo, la joven princesa se mostró amable y obsequió con su sonrisa amable y alegre a los periodistas, que una y otra vez le rogaron unos minutos de "posse".

Rainier parecía un poco impaciente, y por dos veces empujó ligeramente a su esposa para que caminase más de prisa.

SOMBREROS PEQUEÑOS

Grace Kelly está en sus comienzos como Soberana. Todo el mundo contempla su linda figura, y siempre hay alguien que tiene algo que murmurar. Primero fué su monumental sombrero blanco, el que lució el día de su llegada a Mónaco, y ahora, sus "toilettes" desenvueltas.

Según las enteradas señoras de las altas aristocracias, poco menos que la entonces futura princesa de Mónaco había roto de modo irreparable las severas reglas del código de la elegancia.

—Una princesa nunca debe tapar su frente—dijeron.

—Una princesa—siguen diciendo—debe huir de los vestidos negros y de los sombreros aparatosos.

M. P. R.



Y Grace Kelly, al igual que todas las mujeres del mundo, llora emocionada la víspera de su boda.



El príncipe Rainier III de Mónaco, el soberano que ostenta el mayor número de títulos nobiliarios



Grace Kelly días antes de emprender su viaje a Mónaco, en donde se convertiría, por su matrimonio con Rainier, en princesa reinante

Un puente de plata atraviesa la bóveda celeste de horizonte a horizonte: LA VIA LACTEA

Receta para fabricar galaxias

EINSTEIN COMPLICA LAS SENCILLAS IDEAS DE NEWTON

UN puente de plata de colosal y atrevida arquitectura atraviesa nuestra bóveda celeste de horizonte a horizonte. Es la Via Láctea, nuestro camino de Santiago, el hermano del arco iris para los antiguos mejicanos.

Según la leyenda, cuando el gigante Hércules se hallaba en lactancia, amamantado por el pecho de la diosa Juno, dejó caer una gota de leche, que fué rodando por los espacios celestes, dejando tras de sí un rastro cada vez mayor que dió origen a la Via Láctea.

Hubo quien pensó, Teofastro, que ese reluciente arco que rodea nuestra bóveda celestrial era la soldadura de las dos mitades de la esfera celeste. Otros sabios de la antigüedad opinaron que el carro del Sol había pasado en otro tiempo por ese lugar del cielo y la Via Láctea era la huella de sus ruedas dejadas en el rodar de miles y miles de años. También fué considerada como una senda de los dioses por la que éstos descendían a la Tierra.

LA CIENCIA ROMPE EL HECHIZO

La ciencia echó por los suelos estas bellas, ingenuas y encan-

tro años para ir de una a otra. Añádase, aproximadamente, la misma cantidad de materia en forma de gas difuso extendido entre las estrellas. Pásele el rodillo para aplastar el total y hágase girar en su propio plano. Obtendrá un objeto que, observado a suficiente distancia, diez trillones de kilómetros la más próxima, se parecerá a una galaxia.

VELOCIDADES ASTRO-NOMICAS

Nuestros más modernos y potentes telescopios han contado algunos millones de galaxias; pero, al parecer, fuera del alcance de los mismos existe hasta un billón de estos mundos.

Gracias a unas estrellas que se conocen perfectamente y que existen en las galaxias, las Cefeidas, se han podido medir las distancias a las mismas.

Por el mismo procedimiento que se midieron las velocidades de las estrellas se han medido las velocidades de las galaxias, encontrando resultados sorprendentes. Así como entre las estrellas de nuestro propio sistema estelar es raro encontrar velocidades mayores de 150 kilómetros por segundo, las velocidades

NEWTON-EINSTEIN

Actualmente tenemos dos fuerzas antagónicas en constante pugna, manteniendo a nuestro Universo: la fuerza de atracción de Newton y la de repulsión cósmica de Einstein, imperando para distancias cortas el efecto de la primera y para grandes distancias el de la segunda.

No termina aquí la complicación introducida. La velocidad de recesión de las galaxias es, según se ha dicho, proporcional a la distancia; se encuentra, por lo tanto, que existirá una distancia para la que una galaxia allí situada debería de huir con una velocidad mayor que la de la luz, considerada límite; es decir, la mayor velocidad admisible. Esto le indujo a Einstein a adoptar un espacio cerrado que no existen distancias que sobrepasen un cierto valor. Imaginarse este espacio cerrado representa cierta dificultad y choca con nuestros conceptos elementales del mismo. Quizá le sirva esta imagen: de la misma manera que si usted se pusiera a caminar sobre la Tierra, en línea recta, recorrería a lo sumo 40.000 kilómetros y volvería al punto de partida, igualmente si usted se pusiera a caminar por el espacio en línea recta volvería al cabo de muchos millones de años al punto de origen. Astrónomos e intérpretes de la teoría de la relatividad opinan que la distancia que tendría que recorrer no sería menor de 6.000 millones de años luz; es decir, "60.000 trillones de kilómetros", o sea, un seis y veintidós ceros detrás.

Pero ¿podría usted recorrer semejante distancia? El vehículo más rápido que podría tomar sería un rayo de luz: 300.000 kilómetros por segundo; necesitaría 1.500 millones de años para hacer la cuarta parte del recorrido y cada 1.300 millones de años se duplican las distancias; es decir, al cabo de un viaje tan largo estaría usted más lejos de su meta que al principio.

La pregunta que surge inmediatamente es: ¿adónde nos conduce esta continua y alucinante expansión del Universo?

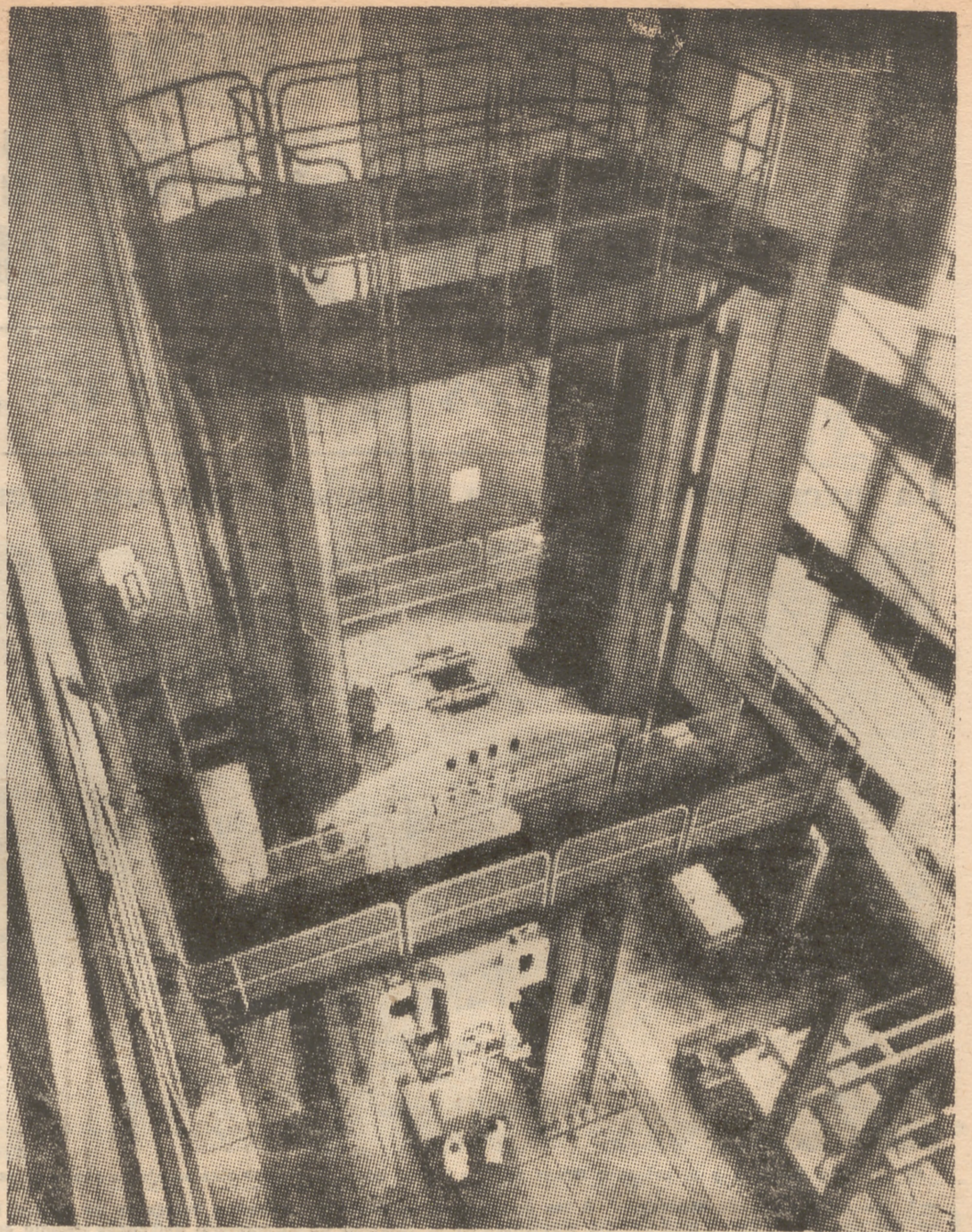
SOBRECÓDIGOS POR EL TERROR

Nuestra imaginación, sobrecogida por el terror, rodea inmediatamente a la inmensa esfera del Universo de una película sutil que lo contenga, como si fuera un globo de goma, y como consecuencia lógica prevé una terrible, tremenda, majestuosa, grandiosa—no existe adjetivo adecuado—explosión cósmica que dispersaría astros, mundos y galaxias por el espacio. Pero ¿podemos concebir esta dispersión consecuencia de tan terrible explosión?

Nuestro concepto de dispersión es análogo al de disgregamiento, y éste nos relaciona materia y espacio, cantidad de materia distribuida en un determinado espacio; es decir, densidad. Se ha calculado la densidad de las nebulosas, esos grandes conglomerados de estrellas, y se ha encontrado que no puede pasar de "diez elevado a menos veintitrés"; es decir, suponiendo una distribución uniforme de la materia, para tener un gramo de la misma necesitaríamos un volumen de 10.000 billones de metros cúbicos, aproximadamente, una columna que tuviera de base 100.000 metros cuadrados y llegara hasta el Sol.

EXPANSION INDEFINIDA

¿Puede acaso la mente humana concebir mayor disgregación? La respuesta a nuestra inquietante pregunta parece ser consoladora. El Universo continuará su expansión indefinidamente. Las galaxias se separarán más y más. La repulsión cósmica aumentará su separación mutua, pero no las agrandará, puesto que para distancias pequeñas el diámetro de una galaxia de nuestro sistema de la Via Láctea es la fuerza gravitatoria de Newton la que domina, de tal manera que aunque nuestro firmamento vaya quedando limpio de sistemas extragalácticos, los astros que pertenecen a nuestro sistema, en concreto nuestro Sol, permanecerán a una distancia suficiente



La ciencia, en su continuo avance, no solamente encuentra cada día nuevas fórmulas físicas, químicas o matemáticas; encuentra también nuevos y sensacionales aparatos que facilitan su labor, como esta impresionante instalación de uno de los laboratorios más importantes de los Estados Unidos. Los hombres de ciencia que trabajan en la primera planta enfundados en sus batas blancas parecen enanos en laboratorios de gigantes.

que nos permitirá seguir viviendo con nuestras miserias y nuestras envidias en esta Tierra podría. No obstante, algunos pensadores, Eddington concretamente, solazándose, como él mismo dice, es decir, dejando vagar a la fantasía, prevén que la expansión indefinida del Universo y la mutua aniquilación de las partículas elementales del mismo conducirían a un fin del mundo semejante a una formidable radiodifusión. ¿Quizá Eddington preveía la era de los seriales radiofónicos?



Una de las últimas fotografías de Alberto Einstein, cuyos estudios abrieron campos nuevos a tantas ramas del saber humano y cuya teoría de la repulsión cósmica complicó de modo fundamental las sencillas ideas que sobre el Universo enunció Newton.

adoras teorías para hacer de la Via Láctea un conglomerado de millones de estrellas que algunos astrónomos calculan en 400.000 millones, aproximadamente. Un conglomerado de estrellas y nubes cósmicas situado a 5.000 años luz las partes más próximas y a 50.000 años luz las más lejanas. Este era nuestro mundo a principios del siglo XIX. Una isla plana de la misma forma que una lente, de 150.000 años luz de diámetro y compuesto por millones de soles sumergidos en unas corrientes dentro de esta isla que les hacía girar alrededor del centro de gravedad de la misma en cientos de millones de años, y todo el conjunto trasladándose por el espacio a velocidades enormes.

Comenzó a imponerse la idea de que nuestro mundo era una isla dentro del misterioso y numeroso archipiélago de mundos del Universo. Efectivamente, hoy no cabe duda de que existe un mundo de mundos más allá del nuestro. El mundo infinito de las galaxias, del cual nuestro sistema de la Via Láctea es una unidad.

RECETA PARA FABRICAR GALAXIAS

Eddington nos da la receta para fabricar galaxias: tómense, aproximadamente, 10.000 millones de estrellas; espáranse de manera que, como término medio, la luz emplee de tres a cua-

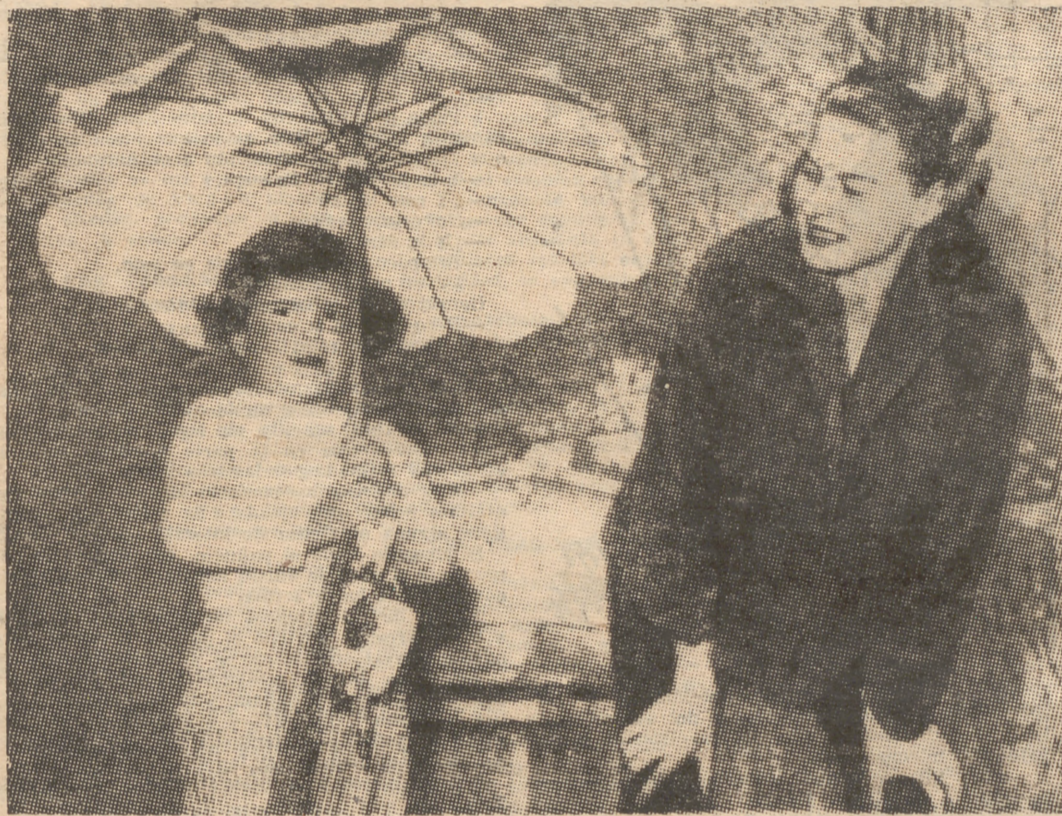
Demasiado abstracto



Aunque usted lo ponga en duda, esta cristalina y quebradiza originalidad es nada menos que el busto en vidrio—nuevo material para escultores—de Miss Prima vera 1955. La obra ha sido expuesta, naturalmente, en Nueva York, y ha sido ejecutada, naturalmente, por un artista europeo cuyo nombre completo no ha llegado a nuestro conocimiento.

EL DIFÍCIL ARTE DE EDUCAR A LOS HIJOS

La madraza, la tirana, la "todo lo contrario" y la miedosa, cuatro tipos de madre que usted no debe imitar



Ingrid Bergman, en su finca de Santa Marinella, jugando con una de sus hijas, la pequeña Ingrid, que tiene una hermana gemela de cuatro años llamada Isabel

EL instinto maternal está dado de un modo tan señalado en la mujer que el arte—dificilísimo—de ser madre a todo el mundo le parece cosa fácil, tan fácil como hacer rubia o morena, y dar los primeros pasos a los diez meses y aprender a beber agua. Las mujeres, que tantas veces se detienen a pensar si el color verde les sienta mejor que el rojo, si a su marido y a sus hijos les gusta más la carne en salsa o asada y si la casa está absolutamente limpia, pocas veces se plantean la importantísima pregunta de ¿soy una buena madre? Para facilitar el necesario análisis vamos a explicar cuatro de los grandes

defectos, cuatro de los tipos insostenibles de madres. Si usted, lectora, se encuentra retratada en uno de ellos, para bien de sus hijos procure rectificar inmediatamente.

LA MADRAZA

De este defecto las que mejor pueden hablar son las nueras, las pobrecitas muchachas que se han casado enamoraditas con un hombre "enmadrado", acostumbrado desde niño al excesivo aire protector de su madre, incapaz de comprarse un traje sin previa consulta materna, incapaz de pasar un día sin llamarla tres veces por teléfono, incapaz de ir al tea-

tro sin llevarla a su lado, de salir de verano sin contar con su plaza... El amor filial es una de las virtudes más hermosas de un hombre, pero hay que evitar esas dolorosas escenas que hieren a la pobrecita recién casada.

—No olvides ponerle todos los días un vaso de leche en la mesilla—dice la suegra.

—Y los macarrones le gustan sin queso—añade.

—Ya iré yo a hacerle la paella. A mi hijo sólo le gusta la paella como la hago yo.

—¿Qué le ha vuelto el dolor de hígado?—ahora la conversación con la nuera es telefónica.—No hagas nada hasta que llegue yo. Tomaré un taxi. No hagas nada. A mi hijo sólo lo entiendo yo.

LA TIRANA.—El tipo anterior de madre resulta muy agradable para el niño pequeño. Mamá no le deja ir al colegio por miedo al viento o la lluvia; le lleva al cine tres veces por semana porque necesita distraerse; sustituye las acelgas por coliflor si al niño no le gustan las acelgas, y consigue, en una palabra, un chico blandengue, si la Naturaleza, que es más sabia que ella, no dispone, pese a los mimos, todo lo contrario.

Una madre más difícil, e igualmente perniciosa, es la tirana, que, incapaz de darse cuenta de la naturaleza del niño, se empeña en hacer de él un hombrecito o una mujercita sensatos, callados, ordenados, estudiosos, obedientes, limpios, tranquilos y apacibles, cortando a base de gritos y disciplina férrea toda natural expan-

sión del niño y sometiéndole a programas y reglas absolutamente contraindicados para su edad.

Estas madres son incapaces de imaginar la psicología infantil, y, en lugar de amoldarse a la manera de ser de sus hijos, tratando de sacar de su naturaleza los mejores frutos, se inventan un hijo especial que sólo vive en sus proyectos, y batallan noche y día obligando al muchacho a adaptarse a la imagen bastante teórica de niño modelo que su madre considera ideal.

LA "TODO LO CONTRARIO".—Todo lo contrario que las dos madres señaladas anteriormente es la madre despreocupada que abandona a sus hijos en manos de niñeras, maestras, amigos y familiares, y participa de modo muy accidental en la formación de su pequeño. Son madres—más abundantes de lo que pudiera imaginarse—que serían incapaces de contestar con soltura a esta media docena de preguntas:

¿Qué lugar ocupó su hijo en la clase a finales de curso?

¿Tiene su hijo más facilidad para hacer problemas o para dibujar mapas?

¿Elige sus amigos entre los chiquillos apacibles de la vecindad o entre los más revoltosos?

¿A qué persona admira el muchacho de modo más apasionado?

¿Su hijo es un soñador, o prefiere ante todo la acción?

¿Miente para encubrirse o por exceso de imaginación?

Seguramente más de una madre que se considera cuidadosísima no sabrá contestar con absoluta certeza a estas preguntas, lo que indica bien a las claras que la observación a que tiene sometido a su pequeño es más aparente y superficial que real y profunda.

LA MIEDOSA.—Para terminar, dedicaremos unos párrafos a otro tipo de madre que abunda más de lo que parece, y que también resulta perjudicial para el chiquillo: la miedosa. Teme que se constipe si sale a la puerta de la calle, que le peguen los chicos si va al Retiro, que muera de pulmonía si toma un helado, que se ahogue si se baña en la piscina, que pille una insolación si toma el sol en la

playa, que se rompa un tobillo si va de excursión, que se pose de estación si va solo de viaje, que no sepa llenar los impresos si trata de matricularse en el Instituto..., etc., etc. La influencia constante de una madre de este tipo es desafortunadísima en la educación de un muchacho. Todos sabemos que un grano no hace granero, pero ayuda al compañero. Los temores seguidos de la madre, y por los motivos más variados y fútiles, llegan a crear en el muchacho un complejo de inferioridad, una casi dramática falta de confianza en sí mismo, que será un lastre terrible en su lucha por la vida. Las madres deben aprender, desde que sus hijos son muy pequeños, a dar ánimos a los muchachos y ayudarles a conse-

guir la necesaria confianza en sí mismos.

Son excelentes ejercicios en este sentido esos pequeños servicios como son imponer un giro, enviar un telegrama, ir a pagar una pequeña factura, solicitar informes por teléfono, hacer pequeñas compras, tomar decisiones propias a la hora de comprar zapatos, libros, juguetes, etc., etc. Estos ejercicios tan fáciles evitarán a los chicos, cuando lleguen a mayores, esos ridículos papeles que todavía vemos ante las ventanillas de telegramas o de la R. E. N. F. E. de hombres y mujeres adultos, y que se arman un lío para llenar un impreso o para pedir un billete para el T. A. F. de las 15.15 con destino a Zaragoza.

P. N.



Esta encantadora jovencita un día será Reina. Se trata de la princesa Margarita de Dinamarca, de dieciséis años, a la que acompaña su padre.



Esta simpática y elegante madre negra abraza a su hijo, que también es un apuesto muchacho. La escena tiene un encantador aire simpático y tierno a un tiempo.

Un actor insiste en salir a escena, no obstante las protestas:

—¡Estás loco! ¿No oyes los silbidos?

—Sí. Pero también oigo los aplausos.

—Naturalmente: aplauden a los que silban.

El novio cedió dulcemente la mano de la novia y le dijo:

—¿Te gusta el anillo de compromiso?

—Maravilloso, tesoro mío.

—Estoy seguro de que todas las amigas tuyas te lo admiran.

—Más que admirarlo: Lulú y Ollita lo han reconocido.

El marido se sienta a la mesa. Hay un postre de cocina preparado por la esposa. Al final, el marido pregunta:

—¿Quién te ha dado la receta?

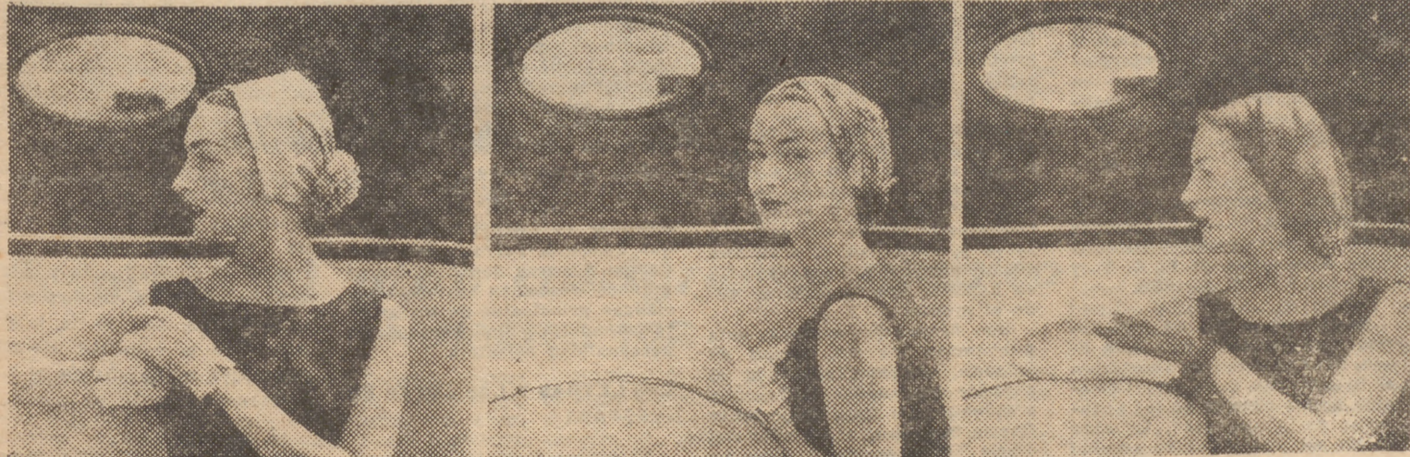
—La oí por la radio, amor mío.

—Mañana mismo compro una radio nueva.

En París, durante una fiesta, una señora le pregunta a un eminente abogado:

—¿Es verdad que la locura constituye un motivo de divorcio?

—Más bien constituye un motivo de matrimonio, señora.



Para viajes, excursiones, etc., se han empleado hasta ahora los pañuelos a la cabeza para evitar que el viento despeine demasiado los cabellos, pero las mujeres, siempre deseosas de novedad, están adoptando tocados como los que aparecen en estas fotografías, intermedios entre el pañuelo y el sombrero elegantes, favorecedores y prácticos.



EL CASO DEL GATITO IMPRUDENTE

Franklin
Stanley
Gardner

—¿Esa qué?—inquirió Gerald Shore con repentino interés.
—¡Oh! ¡Nada!
Shore miró a Mason con visible suspicacia.
—Creo que lo único que mencioné—repuso Mason con voz serena fué a guisa de ilustración... lo mismo que ahora he mencionado lo del gato.
—¿Y qué fué lo que usted utilizó como ilustración?—preguntó Shore.
Helen Kendal se apresuró a responder:

los objetos. Deseo que los miren con atención... pero, sólo que los miren. Nada más.
Y diciendo esto, deshizo el envoltorio, que resultó ser un pañuelo que contenía un reloj de oro chapado con unas iniciales grabadas.
—Tengo una teoría sobre esto—aseguró el teniente—. Pero no les diré de qué se trata. Quiero que me digan si las han visto alguna vez, o si alguna de ellas les parece familiar.
Todos se inclinaron para observar aquellos ob-

jeos aquí, y las encontré sobre el asiento del coche, junto al cadáver.
—¡Ah!—exclamó Mason mientras se encogía para poder pasar por la portezuela sin tocar ninguno de los objetos—. ¿Se puede tocar el pañuelo, teniente?
—Sí. No podemos obtener ninguna huella dactilar de la tela.
Mason palpó el pañuelo.
—Buena tela—murmuró—. Es un pañuelo de hombre. Pero tiene un color algo raro; ¿no es verdad, teniente?
—Sí.
Cuando Mason estuvo fuera, Gerald Shore se inclinó hacia adelante, y de súbito, exclamó:
—¿Cómo! ¡Ese es el reloj de mi hermano!
—¿Quiere usted decir de Franklin Shore?—preguntó el teniente Tragg mirándole fijamente.
—Sí—contestó Gerald con acento excitado—. Ese es su reloj y creo que... ¡Sí! Esa es su estilografía!

se de la respuesta de la joven con la presteza de un fiscal que ha percibido el punto débil de la declaración de un testigo.
Helen Kendal miraba al polizón con sus grandes ojos de color violeta abiertos de par en par.
—Cosas sobre las cuales usted no querría interrogarnos—repuso. El señor Mason aseguró que es usted muy hábil y que nos haría diversas preguntas que abarcarían todos los aspectos del caso.
En el rostro de Tragg se dibujó una firme determinación.
—¡Y no lo duden: lo haré!—prometió con expresión ceñuda.

VIII

Transcurrió su buena media hora antes de que el teniente Tragg diera por terminado el minucioso interrogatorio. Para entonces sus hombres habían completado el examen del cadáver y del automóvil.
—Bien—exclamó Tragg de pronto, con acento fatigado—. Ustedes cuatro se quedarán aquí, en este coche. Yo me voy al otro para examinar algunas cosas.

Cuando Tragg se alejó, Gerald Shore dijo:
—Ha sido un interrogatorio a fondo. Parecíamos estar declarando desde el asiento de los testigos. Presiento que ese hombre sospecha de nosotros, Gerald Shore.

—Tragg tiene el presentimiento de que detrás de lo ocurrido hay algo más—se limitó a contestar Mason—. Y, por lo tanto, quiere saber de qué se trata.

—Usted no me insinuó a mí que ocultara al teniente la información que pareciera trivial—dijo Gerald Shore.

—Tiene usted razón—reconoció Mason.

—¿Qué es lo que se proponía usted con eso?
—¡Oh! se trata de cosas de poca monta... Forman parte del caso, pero parecen no tener mucho que ver con el asesinato.

—Pero ¿era algo especial lo que motivó su recomendación?—preguntó Shore.

—Una serie de pequeñas cosas—replicó Mason—. Por ejemplo, el envenenamiento del gallo.

La sorpresa hizo que Helen Kendal empezara a respirar rápida y profundamente.

—Señor Mason, seguramente no creerá usted que el envenenamiento del gato tenga nada que ver con esto otro, ¿verdad?—y señaló con un ademán el automóvil en que se había descubierto el cadáver.

Mason respondió con voz suave:

—Lo mencioné tan sólo para ilustrar a ustedes sobre las verdades que, a mi juicio, no creo que puedan interesar al teniente Tragg.

—Pero yo creí que lo que usted no quería que dijéramos era... —y la joven se interrumpió de pronto.



—El que tú no hubieras entrado con nosotros en el hotel Castel Gate cuando estuvimos allí esta noche.

El cuerpo de Gerald Shore pareció adquirir la rigidez e inmovilidad que proporciona el esfuerzo consciente para no traicionar las propias emociones.

—¿Qué tiene que ver aquello con esto otro?
—He aquí la cuestión—replicó Mason—. Lo mencioné como uno de los muchos detalles que podían embrollar el caso y prolongar innecesariamente el interrogatorio de los testigos. Pertenecen a la misma categoría que el envenenamiento del gato.

Shore se aclaró la garganta y empezó a decir algo, aunque inmediatamente cambió de parecer y guardó silencio.

El teniente Tragg regresó al automóvil llevando un bulto envuelto en un trozo de tela blanca.

—Abra la portezuela—ordenó a Mason—y apártese un poco para que pueda poner estas cosas. Ahora bien, no quiero que nadie toque ninguno de

los objetos. Shore miró por encima del hombro de Mason, desde el asiento delantero del automóvil, y Della Street y Helen Kendal se apoyaron en el respaldo del mismo asiento.

—Para mí no tienen el menor significado—se apresuró a manifestar Mason.

—Y usted, Shore, ¿qué dice?—preguntó el teniente.

Shore alargó el cuello, frunciendo las cejas con expresión meditabunda.

—No puedo ver muy bien desde donde está, teniente—dijo Mason—. ¿No sería mejor que yo saliera a fin de que el señor Shore pudiera ver esos objetos más de cerca.

—Salga—contestó Tragg—. Pero no toque usted ninguna de estas cosas.

—¿Se puede saber dónde las consiguió usted?—preguntó Mason.

—Estaban envueltas en este pañuelo, tal como las

—Tal vez pudiéramos mover el pañuelo de forma que nos fuera posible ver la esfera del reloj.

—Es un reloj sencillo, sin tapa—repuso Tragg—. Pero observe que en la parte posterior tiene un anagrama formado por las tres letras FBS.

—Muy interesante—contestó Mason—. Ahora podríamos echar una ojeada a la esfera para ver si tiene alguna otra cosa de interés.

El abogado cogió el pañuelo, moviéndolo de manera que el reloj se volvió lentamente hasta quedar con la esfera hacia arriba.

Mason dirigió entonces una significativa mirada a Della Street y le guiñó el ojo. La joven se apresuró a apoyar sus manos en el cierre de su bolso.

—Esto es muy interesante—afirmó Mason—. Se trata de un reloj Waltham, y tiene algo escrito sobre la esfera. ¿Qué es?—y al decir esto se inclinó sobre el pañuelo—. Mantenga un momento la luz así teniente; hágame el favor.

—Es la marca y la descripción del reloj—repuso Tragg.

Mason se inclinó aún más.

—Tiene usted razón—murmuró—. La impresión está perfectamente hecha. La palabra Waltham aparece impresa en línea recta, y debajo de ella, formando una curva, se lee: "Vanguard 23 Jewels".

Observe bien, teniente. Hay un indicador de la cuerda en la parte superior, junto al número 12. Sirve para saber cuándo se ha dado cuerda al reloj y cuándo está para terminarse. En la esfera están dibujadas las veinticuatro horas, y por la

—Publicado con autorización de la Colección "El Buzo".

(Continuará.)

"IDEAS PARA UNA POLÍTICA RURAL".—Editado por el Servicio de Propaganda y Publicaciones de la Jefatura Provincial del Movimiento de Madrid, 1956.

Argimiro Torrecilla y Carlos Rivero son los autores de la recopilación, introducción y notas de este interesante volumen, en el que se perfilan notables ideas que pudieran ser aplicadas a un intento de política rural coherente. Prologa el libro el jefe provincial del Movimiento, don Eduardo Alvarez Remedios, quien señala como principal objetivo instrumental doctrinalmente la proyección política de la Falange sobre el sector rural, necesidad que resulta insoslayable, según se ha podido comprobar en el último curso de información para jefes locales desarrollado en Madrid por la Jefatura Provincial. Colaboran en el libro, con acreditada competencia, sobre diversos temas de Formación Política, Administración Local, Política Social, Enseñanza, Frente de Juventudes, Religión y Moral, Formas y realizaciones sociales y Sentido y dimensión de una tarea, los escritores especializados señores Lostáu, Muñoz Mateos, Cassaurán, Torrecilla, Mendoza, el Padre De la Ramilla, Aguilar y Batista.

A través de las páginas del libro podrá ver la preocupación falangista por todo cuanto atañe al agro español y la precisión de desarrollar una sabia estrategia política, flexible y eficiente, según las peculiaridades locales, sobre el ámbito rural. El Movimiento, en poco más de tres lustros, ha transformado hondamente las condiciones de la vida rural de la Península. Y esto ha podido conseguirse siguiendo las consignas de nuestro Caudillo, merced a las cuales los españoles servidores de la Patria han incorporado a las tareas urgentes la resuelta voluntad de hacer más digna y

LIBROS en fin de semana

más justa la vida rural española.—C. T. E.

"NOVISIMO ORDENAMIENTO REGULADOR DE LA CONTRIBUCIÓN SOBRE LA RENTA", por José María García Royo, 247 páginas, en rústica. 55 pesetas.

Se ha logrado en este breve y claro tratado una exposición completa, profusa en ejercicios prácticos, de esta contribución de tan marcada actualidad y trascendencia, complejo teórico-práctico al que ya nos tiene acostumbrados, felizmente, este tratadista de derecho fiscal, abogado y profesor mercantil de los ilustres Colegios de Madrid.

Para su logro ha dividido García Royo el tratado en tres fases: declarativa, estimativa y liquidatoria, con lo que, en el orden cronológico de los hechos, lleva al lector, profano o profesional, a ver resuelto el problema fiscal propuesto, con soluciones reafirmadas por el pertinente supuesto práctico, resultado y luego comentado, a la manera que ha usado el autor en sus anteriores tratados de derecho fiscal.

Se recoge en este tratado, de fácil manejo y rápida consulta por su modalidad expositiva, además del pertinente ordenamiento de esta contribución, normas de inspección y calificación de expedientes; aplazamiento de cuotas, recargos y multas; Jurados central y provinciales; recursos, etc., etc., todo de modo ameno, preciso, matizando en cuestiones de fundamental importancia.—capítulo

de reinversiones—, terminando con un índice analítico, en donde el lector halla inmediatamente la cuestión suscitada para verla resuelta claramente, prácticamente, en su preciso contenido. Ello hizo ser calificado de tales características por la Inspección General al elevar su informe sobre este libro al Ministerio de Hacienda, autorizando su publicación, logrando con ello el mejor refrendo a cuantas críticas pudiéramos someterlo.

En concreto: gustamos de ver en García Royo este su personal sistema de exposición una vez más, poniendo un ordenamiento tan complejo como el fiscal al alcance de cualquier lector por la doble vía pedagógica teórico-práctica, lo que, unido a su ponderado costo, renunciando a toda especulación desproporcionada, nos permite augurar un feliz éxito, sobre todo, repetimos, en tema de tan marcada actualidad.

P. N.

"NUEVO CONCEPTO DE LA EMPRESA".—Publicaciones del Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S. 1956.

El Departamento de Seminarios castellonenses, con este libro, hace una valiosa aportación al estudio del tema "Participación de los obreros en los beneficios de la empresa". La obra social del nuevo Estado español es verdaderamente revolucionaria. Los avances sociales en todos los campos—laboral, económico, asistencial, etc.—se suce-

den ininterrumpidamente. Y esta tarea ha sido realizada, indiscutiblemente, por elementos intelectuales que por su preparación y competencia se hallan capacitados para la enseñanza y para asumir la función rectora a ellos encomendada. En cumplimiento de tan elevada misión, el Departamento Provincial de Seminarios organizó un apasionante ciclo de conferencias sobre el tema "Nuevo concepto de empresa", inspirado en las encíclicas de los Papas y según las doctrinas de los sociólogos cristianos, que la Falange ha sabido incorporar a su ideario nuevo y actual.

Como parece ser que el momento para realizar esta experiencia es adecuado, este volumen llega a nosotros en un oportuno instante y enfoca las reformas buscando una solución justa y equitativa al problema social planteado, no solamente en España, sino también en todo el mundo.

del Departamento de Seminarios, señor Guinot.

ESPAÑA, EN LA BIENAL DE VENECIA

Editado por la Dirección General de Relaciones Culturales, ha sido publicado un bello catálogo en el que aparece recogida la participación de España en la XXVIII Exposición Bienal de Venecia. Esta publicación contiene la relación de todos los escultores y pintores cuyas obras figuran en la Bienal, con mención biográfica de los mismos, y acompañada de una bella antología de fotografías de las obras que concurren al certamen. El catálogo va enriquecido con unos estudios en los que, con brillante brevedad, el marqués de Lozoya, don Enrique Lafuente Ferrari, don José Camón Aznar y don Luis Felipe Vivanco describen las características principales de los artistas españoles y los rasgos de su personalidad colectiva.

LAS LETRAS Y LAS ARTES EN ESPAÑA

El último capítulo de la serie "si es España", editada por el Instituto Nacional de Estadística, está dedicado a las Letras y las Bellas Artes.

Difficil era expresar numéricamente temas que por su contenido espiritual parecen incompatibles con la fría expresión matemática. No obstante, sólo conociendo ahora la extensión de sus valores morales se aprecia la verdadera dimensión de nuestra Patria.

Por otra parte, el inventario estadístico ha sido complementado, como en los fascículos anteriores, con breves y desapañadas glosas originales de su realizador, Arturo Pérez Camarero, a su vez referidas por los sugeridores dibujos a todo color de Carlos Sáenz de Tejada y las fotografías de Loygorri.

Aún se suma a estos elementos, en todos conceptos elogiables, la versión inglesa de Dora Lennard, que da a la obra mayor poder de difusión.

Comienza el fascículo por ponderar el alcance del idioma español, y termina con el estudio de nuestros museos. Entre ambos temas son muchas las facetas literarias y artísticas que condensan y precisa de modo incontrolable.

La riqueza arqueológica, el patrimonio histórico nacional, el tesoro de nuestros archivos y de nuestras bibliotecas; la producción editorial; la profusión de centros de investigación y de enseñanza de las Letras y de las Bellas Artes; el teatro, la Prensa, la radiodifusión y la cinematografía; los concursos, las Exposiciones, todo, en fin, lo que constituye la actividad literaria y artística en España en su actual resurgimiento.

Mapas alegóricos y relación de escritores y de artistas famosos completan este fascículo final de "si es España", rotundo y eficaz acierto del Instituto Nacional de Estadística.

MUNDO Ligero



Te he dicho adiós en la estación. Es un adiós de quince días, porque vas a la brisa del norte, a dar al sol y al oro de la playa la gracia de tu juventud; pero, sin embargo, este adiós me ha entristecido, llenándome el alma de inconcretos recuerdos. Siempre es triste una despedida, más para los que anduvimos contemplándolas—otras despedidas trágicas—, días tras días, son peor que una tristeza: son una evocación. ¡Gentes diciendo adiós desde unas ventanillas!... ¡Gentes salidas de sus patrias sin tener ni aun el consuelo de decir adiós en la estación!

Toda la juventud llevó, por campos de combate, la nostalgia de un adiós estremecido, con el llanto aguardando el arrancar del tren para dejar libre su curso. El reloj de todas las estaciones ha marcado despedidas así, con angustia inalterable de manillas y un dolor nuevo en cada segundo. Dolor de pañuelos agitados, lágrimas con carbonilla, y el tren que se va, como tantas cosas de la vida, por el camino de los raíles, poniendo nubes de ausencia y humo sobre la lejanía del paisaje.

La tragedia de Europa se ha vivido sobre el tren o sobre la carretera: se ha vivido en la distancia. Cuando los soldados cantaban la canción, perdiéndose, dejaba las esperas mirando su melodía. Era muy triste este recuerdo musical, esta canción de los soldados que saludaban a la muerte con voces acompasadas. La juventud de Europa supo morir cantando. Pero este gesto valeroso, este dar al riesgo ritmo y voz de garganta joven, encontraba su réplica en el silencio de la soledad, en el infinito y repetido adiós de las estaciones, que guardaban bajo sus bóvedas entre fragor de hierros, el eco doloroso de la lejana canción. "Guarda tus penas en la mochila..." El último recuerdo de muchas juventudes es el de un blanco pañuelo limpiando el aire de lágrimas aún no derramadas.

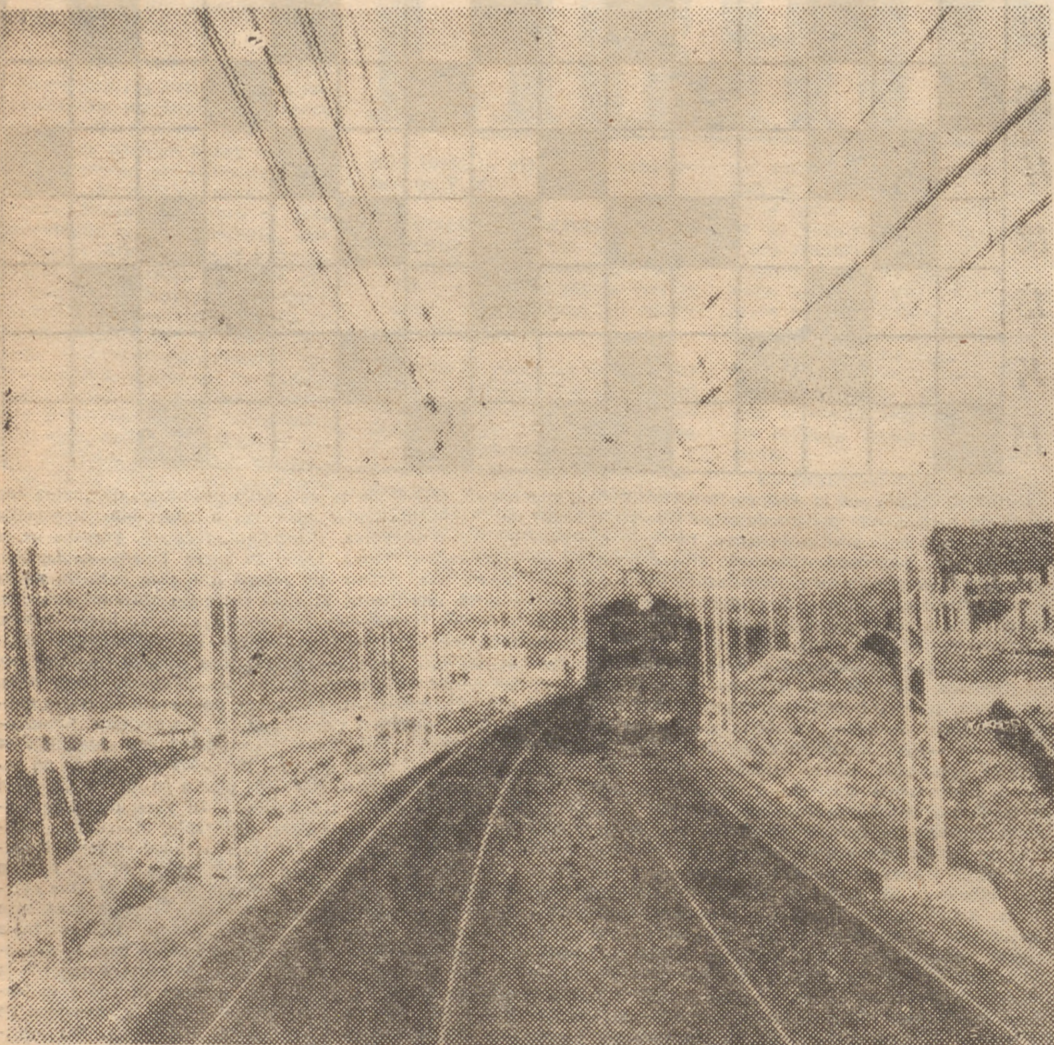
Por esto me ha entristecido, más que nunca, la despedida. Porque deseo felicidad para ti y para todos los nuestros, y al ver partir el tren me ha parecido como si también mi pañuelo agitado pudiera sentir un gran dolor.

(Dibujo de Goñi.)

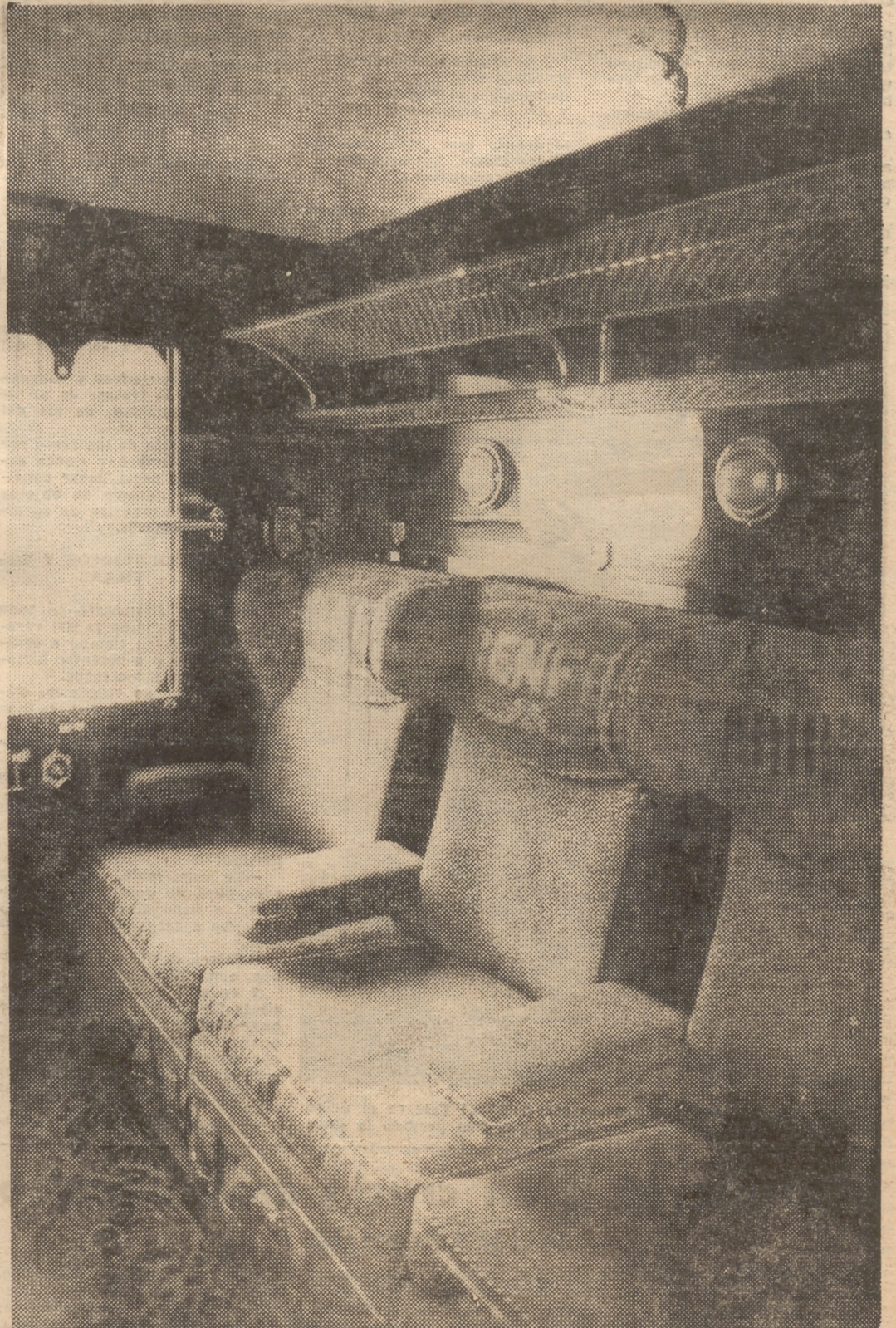
M. P. A.



LA PARTIDA Ha llegado el momento tan esperado de la partida. El tren aguarda el bagaje de ilusiones que cada viajero lleva consigo para transportarle hacia el mar o hacia la montaña. Quizá sea este el momento más feliz del viaje. Todo, hasta este momento, sigue siendo ilusión. Los paisajes se siguen entreviendo, idealizados, con la imaginación. El lugar de destino se continúa considerando como el país de las maravillas, donde las horas van a deslizarse llenas de felicidad. Todos cuentan con la sorpresa al final del viaje. El amor, el misterio del mar o del bosque y los más prosaicos sueñan con una felicidad que casi es inalcanzable: el descanso.



EN RUTA El tren trápida sobre los raíles atravesando los campos calcinados por el sol. Impasible a las ilusiones que transporta, sigue su camino, que recorre un día y otro en un viaje para él monótono y sin encantos. El tren sabe que al llegar al punto de destino todas las ilusiones se desvanecerán y que no se cumplirá el secreto anhelo que alimentan todos los viajeros de encontrar una vida—aunque sea por unos meses o por unos días—feliz. Porque sobre el asfalto, sobre el verde de los campos, o a la orilla del mar, el hombre y la mujer siguen siendo los mismos y dentro de sus corazones está la auténtica verdad de su vida.



LLEGADA El tren, jadeante, ha lanzado su último suspiro. La pequeña humanidad, que ha aprisionado durante unas horas en su interior, salta al andén y se desparrama. Son los últimos momentos inquietos e ilusionados del viaje. Por unos momentos, por unas horas, los recién llegados mirarán en torno el nuevo paisaje que enmarca sus vidas, contemplarán en lo alto el nuevo cielo que los cobija y en seguida sus vidas emprenderán el ritmo habitual. Los mismos afanes, las mismas inquietudes, aunque estén festoneadas de espuma o ensombrecidas por las copas de los árboles que ocultan el sol para que su brillo no les descubra esta gran verdad.